

January 2006

El olvido del ser en la educación. Elementos para reflexionar la interacción educación, ética y desarrollo humano

Jorge Eliécer Martínez P.

Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Martínez P., J. E. (2006). El olvido del ser en la educación. Elementos para reflexionar la interacción educación, ética y desarrollo humano. *Revista de la Universidad de La Salle*, (41), 18-24.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



El olvido del ser en la educación. Elementos para reflexionar la interacción educación, ética y desarrollo humano

Jorge Eliécer Martínez P.*

"La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable".

HANNAH ARENDT

El ser educador no es solamente ser profesor de una institución sea ésta universitaria y/o de educación básica primaria o bachillerato, pues la mayoría de veces nuestros establecimientos (de manera especial las universidades) cuentan con "expertos" en una temática, pero poco o nada saben del quehacer educativo y de sus implicaciones en el desarrollo humano y social, es una triste realidad que por los pasillos de nuestros claustros universitarios caminan sabios con su experiencia pero no maestros que reflexionen sobre su tarea humana en su por qué y para qué de la labor educativa como tarea humana y humanizadora.

Creemos que al tener una cátedra a nuestro cargo o la dirección de una dependencia (Decanatura, coordinación etc.) debemos preocuparnos por impartir unas "verdades" o responder a las exigencias legales olvidándonos del ser de la educación por el aparecer de la misma.

En ocasiones somos expertos que hacemos de la posibilidad del aprender un "calco" con principio de identidad entre el pensar del docente con lo plasmado en la hoja de

evaluación, limitando a los estudiantes a la inadecuada traducción del concepto de alumnos como seres sin luz que esperan de nosotros ser iluminados. Los vemos como seres que tienen que ser ilustrados, adoctrinados con la "verdad" del maestro quedándonos en un pensamiento medieval del "maestro dice".

Para lograr lo anteriormente expuesto me propongo el siguiente recorrido: primero presentar el para qué de la educación y su olvido, en un segundo momento su relación con la ética, para terminar aproximándonos a una interacción de los anteriores elementos con el desarrollo humano.

* Licenciado en Filosofía de la Universidad de San Buenaventura, Especialización en Docencia Universitaria de la Universidad Militar Nueva Granada y Magíster en Desarrollo Educativo y Social del CINDE - Universidad Pedagógica Nacional. Aspirante a Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. CINDE - Universidad de Manizales. Coordinador del Área de Humanidades del Departamento de Formación Lasallista.

En nuestro contexto las acciones humanas son medidas por su pragmatismo y utilidad quedándonos, por lo tanto en los medios, viéndolos como fines olvidándonos del fin último. Los agentes educativos hemos hablado tanto del fin de la educación que éste se ha quedado solo en discursos pedagógicos, en reflexiones desde la sociología de la educación o filosofía, etc., pero el ser del mismo ha quedado oculto por los paradigmas que se han presentado.

El filósofo estagerita "Aristóteles" distinguió en su metafísica cuatro causas: la causa final, la causa formal, la causa material y la causa eficiente; en nuestros sistema educativo la preocupación ha girado en torno a la causa eficiente, material y formal, olvidando la causa final, éste es el punto de análisis en cuanto al olvido del ser de la educación.

La causa eficiente de la educación es el agente de la fuerza motriz que lleva a cabo la educación, en la realización de una escultura es el artista la causa eficiente o fuerza motriz pero en la educación no hay una sola fuerza sino un conjunto de agentes debido a que si bien es cierto el educador es causa eficiente el educando también lo es; no es un ser pasivo con un objeto, como una masa de greda que hay que modelar, debido a que él mismo posibilita su educación y la del llamado educador.

Por otra parte, los diferentes actores sociales ayudan en la educación del sujeto debido a que como dice Abello (2000:15) "La cognición social, es decir, el conjunto de ideas, categorías y principios que estructuran nuestro conocimiento del mundo social desde el conocimiento de sí mismo y de los otros, la comprensión de las relaciones inter-sujetivas, de los grupos y del conocimiento de la sociedad en general (.....) tienen que ver con métodos mediante los cuales los sujetos obtienen, utilizan y generan información acerca del mundo social". Es decir en el acto educativo el educador es educado y a la vez educa desde un marco escénico. Esto significa que además de los sujetos que conscientemente intervienen en el proceso de educar, hay otros agentes de carácter inconsciente, que influyen en la acción educativa, que también forman parte de la causa eficiente de la educación.

Causa material: cuando Aristóteles aclara el sentido de la causa material presenta la materia de la cual esta hecha una causa u objeto. En el ejemplo de la escultura la causa material es la greda. En el terreno de la educación la causa material es el contenido que se transmite, esto es, lo que el educador (cualquiera que sea el agente) transmite a través de la acción verbal o gestual.

La causa material de la educación se refiere a los contenidos. El educador transmite "algo" (conjunto de normas, referencias, etc.) al educando y esto es recibido por él constituyendo la acción educativa, pero hay educación en

sentido pleno cuando hay recepción correcta de un contenido, el cual no tiene que ser necesariamente de orden físico. Si el educado integra en "materia" ese contenido, a su propia vida, a su propia estructura mental entonces hay educación, ha sido educado.

En la llamada sociedad del conocimiento donde la información vehicula con gran facilidad la labor educativa debe estar determinada más que por los contenidos temáticos por unos contenidos yo llamo retomando a Deleuze y a Guattari "Rizomáticos" debido a que estos son definidos como:

Mapas internos que cada sujeto educando y educado han ido creando para desplazarse en los "territorios" que la nueva sociedad presentan rizomas que le permitirán depurar la información que los medios de comunicación presentan y que solo desde una visión ética en la responsabilidad, la libertad y la toma de conciencia posibilitan la construcción de lo social y educar.

Los rizomas en la acción educativa son la base para filtrar y seleccionar los contenidos (temáticos o no) del pasado y vincular armónicamente con el presente y proyectarlo hacia el futuro.

Los rizomas desde la concientización de la subjetividad permitirán que la causa material determinada por los contenidos encuentre en la educación el qué de la misma desde la reflexión en torno a los fines. Cuando uno sabe donde quiere llegar, puede precisar lo que necesita para alcanzar su meta (Torrado, 2000: 27).

Causa formal: es la presentación externa de un objeto. La causa formal de la escultura de greda, es la forma externa, la forma que el artista ha ejecutado en ella. En la acción educativa nos referimos al cómo de la transmisión, esto es, a su configuración externa (Torrado, 2000: 21).

En la práctica educativa la causa formal es uno de los puntos a los cuales le hemos dado más énfasis debido a que es en lo externo, en lo visible lo que desde una postura "positivista" puede medir, evaluar, cuantificar: desconociendo si lo que en un examen se presenta plasmado en una hoja es realmente fruto de un aprendizaje. Creo que el aprender no es el fruto de un adoctrinamiento, es una historia que se realiza entre el llamado profesor y el estudiante, una convivencia en la que el aprender puede ser el repetir los contenidos de una signatura o una construcción de sentido sobre un tema (o la vida misma), en el que el saber no es una verdad absoluta sino una apertura constante, un descubrimiento de lo desconocido que queda en la búsqueda constante de lo desconocido.

La causa formal de la educación ha sido estudiada y leída desde diferentes posturas pedagógicas, desde teorías de la



educación o desde la misma problemática, pero estas serán solo reflexiones cuando en ellas se deja de lado la causa última de la educación que, a mi modo de ver, es construir sujeto y transformar el mundo.

Causa final: en la educación la preocupación estudiada en la mayoría de casos se centra en la causa material y la causa formal, pero es poco y muy escaso el interés por la causa final, ésta ha caído en el olvido. Se dice que debe "aprender" un niño o un joven según su edad. A partir de este postulado se distingue si el educado es apto o no lo es "Los conocimientos asumidos marcan la barrera entre el que progresa y el que no" (Torrado, 2000: 23).

El sentido de la educación parafraseando a Martín Heidegger, la pregunta por la educación ha estado desde su inicio mal planteada, pues ésta se ha preocupado por la causa material, restringido a concepto, a contenidos y por lo formal, limitándola a resultados evaluativos a manera de datos cuantitativos.

¿Pero por qué el olvido? ¿Por qué la causa final de la educación se ha confundido? El hecho de preguntar por la finalidad de la educación en la actualidad ha caído en el olvido y se da por dado el sentido de la misma. La pregunta está contestada por la comunidad educativa, es decir, que forma parte de lo que se da por descontado y se argumenta que se educa para forjar ciudadanos libres, responsables, capaces de construir una sociedad justa y fraternal donde la diferencia constituya un valor y no un problema social que debe extinguirse. Se educa para la libertad, para la solidaridad, para la responsabilidad, para vivir en el sentido más noble del término.

Sin duda, se trata de una respuesta adecuada y que comparto plenamente. Sin embargo, en opinión del filósofo francés J. F. Lyotard, la crisis de los Grandes Relatos, es decir, de las grandes imágenes omnicomprendivas de la realidad, del

hombre, de la historia y de Dios, pone en entredicho todo lo que se aceptaba de un modo inercial, todo lo que se daba por descontado a lo largo de la tradición. El marco de creencias, a partir del cual el hombre medieval pensaba la realidad, pensaba la historia y se pensaba a sí mismo, ha sido barrido por completo y lo que se daba por evidente en su mundo cultural entra a formar parte de lo discutible, cuestionable e incluso censurable.

Pero no sólo ha sido dinamitado el marco de creencias o de implícitos de la época medieval, sino que han saltado también los grandes valores y principios de la Modernidad, de la Ilustración francesa y germánica. Después de la demoledora crítica posmoderna, la idea y el sentido del progreso, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, no constituyen obviedades, es decir, tesis que se dan por descontado, sino que son objeto de crítica desde múltiples frentes intelectuales. Por todo ello, es necesario aclarar, de nuevo, las finalidades de la acción educativa, y preguntarse por ellas. A la vista de los hechos, no es, en absoluto, un interrogante de Perogrullo.

Después del siglo XX, las grandes afirmaciones que tácitamente constituían el corpus doctrinal del hombre moderno han sido puestas entre paréntesis y el hombre contemporáneo no puede vivir, ni educar a sus semejantes, como si todo siguiera igual, como si el siglo XX no hubiese transcurrido. El siglo de la "muerte de Dios" (F. Nietzsche, 1980) y de la "muerte del Hombre" (M. Foucault, 1990) ha terminado; y con él las grandes evidencias éticas, estéticas, antropológicas, metafísicas y teológicas han sido conmovidas desde su raíz.

En el plano teórico, la reflexión en torno a las finalidades de la acción educativa no puede desconsiderar los grandes eventos del siglo pasado, de un siglo al que algunos estudiosos han denominado no sin razón, como el Siglo de la Barbarie. No se puede seguir educando como si nada hubiera pasado, no se debe seguir educando sin considerar el peso y la magnitud de la historia inmediata. La discusión en torno a los fines de la educación debe integrar las dramáticas y trágicas experiencias colectivas del siglo XX y, por ello, es necesario remover e incluso transformar cualitativamente el discurso clásico acerca de los fines de la educación para este nuevo siglo XXI.

Cuando J. J. Rousseau, en *El Emilio*, teorizaba en torno a la educación ideal del niño, no podía imaginar los graves acontecimientos del siglo XX. Cuando I. Kant, desde su pequeña ciudad natal Königsberg, de la que no salió nunca, especulaba sobre la educación en clave estoica, lo hacía desde el contexto histórico del siglo XVIII y a partir de su visión de la realidad. Pero la historia no pasa en balde, han sucedido demasiadas cosas. La acción educativa debe integrar en su seno las lecciones de uno de los períodos más bárbaros y amargos de la historia de la humanidad, a saber, el siglo XX. No en vano el cultivo de la memoria es uno de los ejes centrales de

la acción educativa (aunque recordar no es educar) como fuente transmisora de valores, de conocimientos, de costumbres y de tradiciones.

Por lo tanto, es necesario, en primer lugar, poner al descubierto los fines tácitos de la acción educativa y, en segundo lugar, someterlos a la prueba del tiempo, reconsiderarlos a la luz de los acontecimientos pasados. Por último, es obligado renovar el discurso en torno a la teleología de la acción educativa. "Esta tarea involucra directamente a los protagonistas de la esfera educativa y, por extensión, a todos los agentes sociales, pues todos, cada cual desde su parcela, están implicados en ella" (Torrado, 2000: 31).

Todavía es preciso considerar otra razón del olvido de la causa final: la crisis de las utopías. Ninguna de las grandes utopías que los filósofos renacentistas y modernos concibieron y proyectaron se ha cumplido y por otro lado, algunas de las grandes contrautopías que dibujaron durante la primera mitad del siglo XX escritores como A. Huxley, G. Orwell y B. F. Skinner tienen demasiados parecidos con la realidad. Después de este descalabro utópico, resulta comprensible que la cuestión del fin haya pasado a un plano marginal. El discurso grandilocuente sobre los fines de la educación ha sido substituido por un discurso pragmático y utilitarista donde el cumplimiento de los mínimos se considera lo fundamental.

Hemos descubierto que el peso de la realidad es notable y que transformar la humanidad no es tarea fácil. Asistimos al declive de una educación en clave maximalista y observamos como asciende la educación en clave minimalista. Este movimiento pendular es altamente peligroso, pues aunque es verdad que no todo es posible en la acción educativa, porque la realidad pesa -y los maestros lo saben muy bien-, también es necesario insistir en que no todo está perdido de entrada, sino que es posible dibujar, otra vez, un horizonte de fines, quizás más apropiados a la condición humana.

El sentido de este ensayo es el sentido de la educación, pero no en singular, sino de los sentidos en plural. La respuesta a la pregunta "¿para qué educamos?" no es única, sino plural y sólo puede iluminarse plenamente desde la descripción de una comunidad de fines mutuamente implicados. De hecho, educamos a las generaciones más jóvenes para que sean autónomas en el futuro, para que puedan desarrollar un determinado papel en el Gran Teatro del Mundo, para que puedan adaptarse socialmente y orientarse en el gran laberinto de la época contemporánea.

Lo que debemos pensar aquí no es la respuesta inmediata, sino la respuesta mediata, es decir, los fines últimos de la acción educativa. Educamos para la libertad, para la responsabilidad, para la igualdad. Aunque podríamos educar mirando otros horizontes, otras metas que, de algún modo, se complementan con lo dicho, pero tienen un carácter más

cimentador. ¿Cuáles son las causas finales de la acción educativa? ¿Cuál es la teleología de la educación? ¿Cuál es la razón de ser de tal esfuerzo, de una tarea de tal envergadura? Cuando el maestro pierde de vista el horizonte de su acción, fácilmente pierde sentido también su acción, su esfuerzo, su vocación, en definitiva, su razón de ser.

El actor social, sea quien fuere, debe pararse en el centro del escenario, descender a la platea y preguntarse por el sentido de su acción en el Gran Teatro del Mundo, por el valor de ésta, para recuperar el aliento, especialmente cuando su labor es dura, poco reconocida socialmente y muy callada. En esta esfera se sitúa, hoy por hoy, la labor de educar.

Desde un punto de vista histórico no existe unanimidad cuando se trata de precisar los fines de la educación. En toda cultura se han desarrollado procesos educativos, formas de transmisión de conocimientos, hábitos, costumbres, actitudes y creencias. Pero entre los filósofos de la educación no existe un acuerdo a la hora de precisar el fin último de la educación, el para qué.

Una cuestión como ésta requiere un debate antropológico previo, una seria discusión en torno a la condición humana y su destino. Quizás porque el punto de partida es tan plural, el punto de llegada de la discusión sea también plural.

Lo que por ahora puedo afirmar, es que a la luz de la historia, existen distintas finalidades en la educación. No puede hablarse, con propiedad de una sola finalidad, sino de un conjunto de fines que constituyen la razón de ser de la educación. Desde mi punto de vista, pueden considerarse, al menos, dos fines fundamentales de la acción educativa, a saber, la construcción del sujeto y la transformación del mundo "Toda arte y toda investigación e, igualmente, toda acción y libre elección parecen tender a algún bien; por esto se ha manifestado, con razón, que el bien es aquello hacia lo que todas las cosas tienden" (Aristóteles, 1978).

El fin del arte de educar es el alcance de un determinado bien, pues como cualquier actividad humana, trata de alcanzar un bien para la sujeto y para la sociedad. La acción educativa tiene una finalidad inscrita y su polo último de referencia es el bien del sujeto, procurar por el desarrollo humano.

El sujeto es, por definición, un ser dinámico y abierto que está en continua realización. No nace acabada ni terminada, sino que debe aprender a desarrollar sus potencialidades a lo largo de su existencia. Construir un sujeto significa desarrollar sus múltiples dimensiones, consiste en realizar su polifacetismo. El ser humano es, por esencia, un ser polifacético, capaz de actividades distintas. Es capaz de jugar, de leer, de escribir, de amasar barro, de cantar y de bailar, de construirse. La educación consiste en desarrollar las habilidades, no sólo en el terreno intelectual, sino también emocio-

nal y relacional. Jamás termina el proceso de la educación de un modo definitivo, porque el ser humano siempre aspira a más y puede descubrir facetas de sí mismo que le habían pasado desapercibidas. Jamás puede afirmarse que la acción educativa está terminada. Mientras haya vida humana, hay posibilidad de educarse o formarse.

Cada sujeto vive en cuanto aspira y proyecta, es decir, en cuanto espera; lleva en lo más profundo de su conciencia la tendencia fundamental a ser más ella misma, a realizarse ilimitadamente permaneciendo ella misma. Se vive a sí misma como llamada a un futuro; la conciencia es llamada a la esperanza. En ella vive el hombre, su propia existencia como ser en esperanza, como proyecto que realizar; mira siempre más allá del presente hacia sus posibilidades en el futuro, que se anuncia en la vivencia misma de su espíritu.

La acción educativa se refiere fundamentalmente al futuro del ser humano, no se refiere a un futuro cerrado a priori, sino a un futuro abierto. Precisamente porque en el ser humano hay mucho de misterioso y enigmático, jamás pueden predecirse con exactitud los resultados del esfuerzo educativo y el éxito o fracaso en el alcance de los fines. La predicción en materia educativa resulta siempre problemática, pues la naturaleza humana es muy compleja y cada individuo es un universo.

El desarrollo humano se da entre el ya y el todavía no, es decir, cuando uno se contempla a sí mismo, se da cuenta de que ya es capaz de muchas cosas; es capaz de llevar a cabo actividades que en otro tiempo le resultaban imposibles de ejercer. Estos alcances, fruto del esfuerzo y de la educación, constituyen el ya de la vida humana. Pero, cuando uno se mira a sí mismo, se da cuenta también de que le queda todavía mucho por aprender, por saber, por desarrollar del propio sujeto. El todavía no es infinitamente superior al ya. Darse cuenta de ello es ineludible para estimar la educación y tener ganas de aprender de todo y de todos. Cuando uno llega a creer, vanamente, que ya lo sabe todo o ya lo puede todo, está a punto de morir como educando y, en el fondo, como sujeto, pues su proyecto existencia se ha desvanecido. Mientras que cuando uno se da cuenta de lo que todavía queda por hacer, se percata de la pequeñez de sus conocimientos y de la fragilidad de sus habilidades y toma conciencia de la necesidad que tiene constantemente de los otros y de lo que se ha escrito, a lo largo de la historia, para saber algo más de la complejidad del mundo real y de sí mismo.

El todavía no resulta, pues, infinitamente superior al ya. Precisamente por ello, valga decir que la virtud fundamental del ser humano como educando debe ser la humildad, es decir, el reconocimiento de los propios límites y posibilidades. La humildad es la virtud de la finitud y por ello es la más propia y adecuada de la condición humana. La antítesis de la humildad, el orgullo, el espíritu engraido, significa la muerte

del espíritu, la extinción del deseo de conocer, del deseo de construirse, del deseo de ser mejor.

La acción educativa es, al fin y al cabo, una cuestión de deseos, de erótica, todavía más, un cruce de deseos. Por ello es preciso que el educando tenga el deseo de construirse, de formarse, de ser mejor, de ser más sí mismo.

La tarea fundamental del educador consiste en avivar este deseo, en sacarlo a la superficie y en ayudar al educando a encauzarlo adecuadamente. Educar es construir al sujeto y construir al sujeto es avivar su deseo de perfección, de excelencia en todos los sentidos. En el fondo, lo más propio de la acción educativa no es dar respuesta inmediata al deseo, sino avivarlo, inquietar al educando, darle qué pensar, para que sienta la necesidad de construirse, de formarse, de leer y de pensar, y lo sienta como una necesidad vital. Sólo entonces, la figura del educador cobra sentido real.

Ser y hacerse constituyen los dos polos fundamentales de la tensión humana. Somos ahora y aquí una determinada realidad en acto, pero esta realidad se está convirtiendo en otra realidad, se mueve dinámicamente hacia un horizonte distinto. Quizás, por ello, el mejor tiempo verbal que caracteriza a la condición humana no es el participio, que indica lo ya acabado, terminado, finalizado; sino el gerundio que indica el hacerse. Hacerse en las decisiones sucesivas e irreversibles de la libertad: ¡he aquí la tarea humana! Educar es construir al sujeto, pero no hay moldes definidos a priori para levantar la construcción del sujeto, pues cada cual tiene su modo de ser y debe hallar su lugar en el mundo. La acción educativa es construcción, pero en esta construcción el educador desempeña un papel secundario, pues el verdadero constructor de su vida es el mismo educando y para ello se sirve de la experiencia, del consejo y de los conocimientos que el educador le transmite.

Hubo un tiempo, según K. Marx, en que los filósofos se limitaron a contemplar pasivamente el mundo, en lugar de transformarlo en un lugar justo y fraternal. El juicio de Marx en torno a los filósofos es certero, hasta cierto punto, pero esta crítica no puede lanzarse a los educadores, pues los educadores nunca se han limitado a contemplarlo desde la pasividad, desde la cómoda butaca de observador imparcial, sino que han tratado de transformarlo con sus manos, a través de su acción cotidiana en el mundo.

A estas alturas, sabemos de sobra que las grandes utopías, las utopías de verdad, no se forjan en los escritos filosóficos, sino en la acción constante y tenaz. Donde hay acción educativa, hay voluntad de cambio, hay deseo de transformación.

El fin de la acción educativa, como ya hemos dicho, es la construcción del sujeto, pero el sujeto se desarrolla, crece y

se desenvuelve en un mundo, que no sólo es un espacio natural, un bosque o una selva, sino un espacio humano, un mundo de valores, de creencias y de ideas.

El marco escénico donde vive y crece el ser humano no es, en absoluto, accidental, sino todo lo contrario, es fundamental. Por ello la segunda finalidad ineludible de la educación, tan importante como la primera, consiste en la transformación del mundo, en lograr que este mundo que habitamos sea más humano, más justo, más equitativo, más transparente, más ecológico. Sólo es posible transformar el mundo transformando a los sujetos que viven en él, sus hábitos, sus valores y sus conocimientos y, por otro lado, sólo es posible construir a los sujetos en el seno de un mundo humano, que posibilite el desarrollo de lo humano.

Transformando el mundo, el ser humano se perfecciona a sí mismo, crece en autoconciencia y libertad, viene a ser más él mismo. La tarea de transformar el mundo se le impone con la misma responsabilidad absoluta de hacerse a sí mismo, es una misión que interpela a su libertad y no un mero resultado de su instinto de conservación o de progreso. Pero el hombre no logra realizarse plenamente en ninguna decisión concreta de su obrar intramundano.

Ninguna conquista de su acción transformadora del mundo representa para él la última etapa; las supera en el acto mismo de alcanzarlas. Su esperanza va siempre más allá de sus esperanzas; camina delante de ellas. Entre la tensión radical de su espíritu, que le impulsa a obrar, y los resultados concretos de su acción en el mundo hay un desnivel insuperable.

Es muy importante darse cuenta del desnivel que existe entre la magnitud del Deseo y la realización histórica de éste, pero ello no debe ser objeto de preocupación, sino motivo de plenitud. Educar al sujeto es educarla en el Deseo de realizarse, de superarse, de alcanzar nuevos horizontes. Educar es, en este sentido, inquietar el espíritu del educando, poner en su alma la voluntad de ser él mismo, la voluntad de saber más del mundo y de todo cuanto le rodea. Existen deseos en minúscula y Deseos en mayúscula. Es preciso ayudar al educando a descubrir esos Deseos que le harán realmente feliz, porque la felicidad humana jamás puede colmarse con deseos de baja intensidad.

Para lograr que la causa final de la educación no caiga en el olvido es necesario pensar, reflexionar nuestras acciones humanas como individuo y esto en sociales, es decir, pensar la ética y la política en la construcción y formación del sujeto como elementos en la transformación del mundo. No podemos negar que en los últimos años el tema de la ética se ha convertido en un *slogan* en nuestra educación del cual por ley en nuestro sistema es necesario hablar del tema.

En el ámbito social y también en el político preocupa la cuestión de los valores éticos y su transmisión, pues la cohesión de la vida social está muy relacionada con la vivencia compartida de unos determinados valores mínimos. Los líderes políticos, de izquierda o de derecha, y también los agentes sociales se han referido a ello en repetidas ocasiones. Más allá de la demagogia y de los intereses inherentes a muchos discursos políticos, parece evidente que la separación entre la ética y la política, o entre la ética y la economía tiene efectos gravemente negativos en el cuerpo social. Por ello, se insiste en la necesidad de introducir elementos éticos en la sociedad, en la necesidad de remoralizar la vida de los ciudadanos, aunque esta expresión pueda resultar reaccionaria.

La convivencia en las sociedades del futuro está amenazada si no se lleva a cabo una adecuada transmisión de valores y de actitudes. No se trata de ser catastrofista, pues sobran en nuestra sociedad los profetas de calamidades y de apocalipsis inmediatos, especialmente en el amanecer de este milenio. Sin embargo, debemos tomar conciencia de que lo que mantiene viva y unida a una sociedad, más allá de sus recursos naturales, de la vitalidad de su economía y de las comunicaciones, es precisamente los valores éticos que comparten sus ciudadanos. Lo que mantiene erguida a una sociedad es lo más invisible de ella, esto es, los valores implícitos en el obrar de quienes la forman. Quizás porque estamos sumidos en una transformación global de los valores de Occidente o porque asistimos al choque de las civilizaciones, esta cuestión ha sido objeto de muchas reflexiones. Pero la verdad es que, más allá de las causas, es preciso determinar colectivamente qué valores son fundamentales y por qué debemos transmitirlos a las siguientes generaciones.

Es forzoso llegar a un acuerdo ético más allá de las diferencias étnicas, lingüísticas y religiosas que existen en el seno de las sociedades contemporáneas. La tarea de alcanzar unos valores mínimos para la convivencia no resulta nada fácil en un universo social que puede definirse como el "Gran rompecabezas".

No pretendo sumar un esfuerzo más en esta dirección, pues otros se han dedicado a ello con mucho esmero y precisión (Torrado, 2000: 40). Lo que trato de explorar aquí es una cuestión previa: la educación de la experiencia ética. No forma parte de mis objetivos determinar qué valores deben transmitirse y por qué estos y no otros. Tampoco pretendo analizar cómo se deben transmitir, quiénes deben hacerlo y cuándo deben hacerlo. Lo que me preocupa es una cuestión previa: ¿Puede educarse la experiencia ética? O dicho de otro modo, ¿Es posible cultivar la experiencia ética sin caer en el adoctrinamiento moral y si es así, por qué?

Considero que es posible educar al ser humano en la experiencia ética; que es posible y además necesario despertarle a la vida ética, para que aprenda a vivir responsablemente

su vida como ciudadano en el seno de una sociedad libre. La educación moral es posible, pues el ser humano no nace fatalmente acabado. Pero como en el caso de la estética, el cultivo de la sensibilidad ética tiene unos límites determinados que impone la naturaleza del educando. No todo es posible, y la educación de la experiencia ética, aunque legítima y necesaria, no es ilimitada.

Doy por supuesto que el sujeto es capaz de descubrir sus deberes y sus derechos. Pero considero que este descubrimiento requiere el ejercicio de la educación, y no solamente de la enseñanza y de la instrucción.

De igual manera podemos decir que si no queremos que la educación y su causa final caigan en el olvido es necesario pensar el desarrollo humano con un proceso de expansión de libertades y no de carencias o necesidades ya que en el mismo hecho de ser humano están dadas posibilidades para la realización.

La declaración internacional de Derecho Humanos de las Naciones Unidas de 1948 ha presentado elementos que ayudan a la realización del sujeto en cuanto a la defensa de los derechos humanos no solo en cuanto a lo político y lo civil sino también económicos, sociales y culturales, lo que hemos llamado Derechos de segunda generación, así como los derechos ecológicos y el derecho a la paz. Elementos sin los cuales el objetivo de este ensayo sería mera especulación lingüística. Al respecto Amartya Sen presenta la idea de que el desarrollo humano es posible en la medida en que se den las libertades necesarias es decir:

"El objetivo del desarrollo está relacionado con la valoración de las libertades reales de que gozan los individuos. Las capacidades individuales dependen fundamentalmente, entre otras cosas, de los sistemas económicos, sociales y políticos. Para crear que los mecanismos institucionales, hay que considerar el papel instrumental de los distintos tipos de libertad e ir más allá de la importancia fundamental que tiene la libertad general de los individuos. Los papeles instrumentales de la libertad comprenden varios componentes distintos pero interrelacionados, como los servicios económicos, las libertades políticas, las oportunidades sociales, las garantías de transparencia y la seguridad protectora. Estos derechos instrumentales, estas oportunidades y estos derechos económicos tienen poderosas interrelaciones, que pueden ir en diferentes direcciones. Las interconexiones influyen de una manera fundamental en el proceso de desarrollo. Estas múltiples libertades interconectadas deben ir acompañadas de la creación y el apoyo de multitud de instituciones, entre las cuales se encuentran los sistemas democráticos, los mecanismos jurídicos, las estructuras de mercado, los sistemas de educación y de sani-

dad, los medios de comunicación y otros servicios de comunicación, etc. Las instituciones pueden basarse en iniciativas privadas, así como en sistemas públicos y estructuras como organizaciones no gubernamentales y entidades de cooperación. Los fines y los medios del desarrollo obligan a colocar la perspectiva de la libertad en el centro del escenario. En este enfoque, los individuos han de verse como seres que participan activamente –si se les da la oportunidad– en la configuración de su propio destino, no como meros receptores pasivos de los frutos de ingeniosos programas de desarrollo. El Estado y la sociedad tienen un gran papel que desempeñar en el reforzamiento y salvaguardia de las capacidades humanas. Su papel es ayudar, no proporcionar algo ya acabado. El enfoque de los fines y los medios del desarrollo basado en la libertad reclama nuestra atención" (Sen, 1999: 74 - 75).

A manera de conclusión podemos decir que la acción educativa y el desarrollo humano hay que leerlo desde la interacción éticopolítica en la constitución del sujeto y la transformación del mundo.

Constituir al sujeto es una tarea infinita y por ello es una labor que jamás puede concluir totalmente "El hombre siempre será un proyecto inacabado" (Heidegger, 1984) desde antes de la gestación hasta la sepultura, siempre somos educados. Por lo tanto, la actitud del docente frente a la actual crisis será no solamente pensar la realidad sino transformarla (Cfr. Marx K. Tesis sobre Freyebach No. 11) sin olvidar que no se educa solo para el aquí y el ahora de las instituciones, sino para la vida y la construcción de lo social.

BIBLIOGRAFÍA

- Abello, R. "El enfoque sobre el conocimiento social". *Infancia y conocimiento social*. Barranquilla: Uninorte, 2000.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. México: Porrúa, 1978.
- Cortina, A. *Ética mínima*. Madrid: Trotta, 1986.
- Deleuze, G y Guattari, F. *Mil mesetas*. España: Anagrama, 1980.
- Delgado, R. *Dimensiones constitutivas del desarrollo humano*. Modulo del programa en Maestría en educación y desarrollo humano. CINDE 11- UPN.
- Foucault, M. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1990.
- Heidegger. *El ser y el tiempo* (2ª ed.) Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económico, 1984.
- Nietzsche, F. *Así habló Zaratustra*. Obras completas. España: Alianza, 1980.
- Sen, A. *El desarrollo como libertad*. Bogotá: Planeta, 1999.
- Torrado, F. *Rostro y sentido de la acción educativa*. Barcelona: Editorial Edebé, 2000.